

## Capítulo 10. Carta N° 10



Gracias por la amonestación, querida amiga; en adelante voy a tratar de pisar otra vez sobre terreno firme y seguro. Sólo que hoy todavía no.

Tengo que contarle algo. En horas de apacible soledad me sobrevienen una que otra vez sueños de curioso contenido. Me parece que, perseguido de enemigos, me acerco a todo correr a una sima cuyo borde rocoso sobresale hacia adentro, como un alero, de la pared que conduce al abismo. Floja y rodeando un cepo, cuelga una sogá hacia lo profundo. Me dejo deslizar por ella y me columpio acercándome y alejándome de la pared rocosa, en un vaivén cada vez de mayor envergadura. Para acá y para allá me columpio sobre el abismo procurando chocar con los pies contra la pared con el fin de no magullar mi cuerpo. Hay una seducción muy particular en este columpiarse y mi fantasía lo alarga aún más. Pero por fin llego a la meta. Delante de mí una caverna natural; está oculta a todo ojo humano, sólo yo la conozco y transportado por una oscilación especialmente amplia y suave me cuelo por ella y me coloco a salvo. El enemigo deja caer la mirada desde lo alto de la roca por si me ve, y vuelve sobre sus pasos, seguro de que me he estrellado en la caída.

A menudo he pensado que usted me envidiaría si supiese el suavísimo goce que me proporciona esta fantasía. ¿Quiere que se la interprete? La caverna, cuya entrada yo únicamente conozco, es el vientre de la madre. El enemigo que me persigue y que, satisfecho en su odio por crearme destrozado en lo profundo, vuelve sobre sus pasos, ése es el padre, el marido de esa madre, de quien se imagina ser su dueño y cuyo seno jamás ha hollado ni podrá hollar. En última instancia este sueño que yo sueño despierto no quiere decir otra cosa que lo que yo respondía cuando, siendo niño, se me preguntaba: “¿Con quién quieres casarte?” A mí no se me ocurría pensar que yo pudiera casarme con alguna otra mujer fuera de mi madre. Y creo que hay que atribuirle a la amarga soledad de mis años de colegio que el más profundo deseo de todo mi ser acabase, oprimido, en una fantasía simbólica de difícil comprensión. Únicamente el incomunicable goce del columpio delata lo encendido del amor. Y el hecho de que yo no sepa propiamente nada del tiempo que media entre mis doce y diecisiete años, años que viví separado de mi madre, demuestra las luchas que debieron abatir mi espíritu en esa época. Es un problema de por sí esto de separarse de la madre, y yo creo que aun puedo decir que el destino ha sido magnánimo conmigo.

De ello me he dado cuenta hoy una vez más. Me vi obligado a luchar a brazo partido con un joven que, por cierto, quiere que lo trate yo, pero que tiembla de miedo y que no es capaz de proferir una sola palabra en cuanto me ve. No sé cómo ha conseguido identificarme con su padre y, empiece como empiece, él sigue mantenido en sus trece -o quizá sea su Ello el que sigue mantenido en sus trece- de que yo escondo en alguna parte un cuchillo muy grande, de que yo quiero cogerlo y privarle de los atributos de su masculinidad. Y todo esto porque amaba apasionadamente a su madre, ya hace mucho tiempo muerta. En esta persona estuvo alguna vez vivo el deseo -durante años o, tal vez, sólo ocasionalmente-, y todavía puede que siga vivo en él, de hacerse el amante de su madre, de poseer su seno. Y de este deseo, de esta pasión incestuosa, nació el temor a la venganza del padre, decidido a cortar con su cuchillo aniquilador el lascivo miembro.

El que un enfermo vea en el médico a su padre se comprende. La transferencia del amor al padre o a la madre al médico es un fenómeno de cada tratamiento. Es decisivo para consagrar el éxito del mismo y, según que el enfermo esté ligado con su vida sentimental al padre o a la madre escogerá a un médico fuerte

o, más bien, suave. Nosotros los médicos hacemos muy bien en ser conscientes de estos hechos, pues tres cuartas partes de nuestros éxitos, si no más, se deben a la casualidad de que el enfermo nos ha atribuido determinadas semejanzas con alguno de sus progenitores. Y también la mayor parte de nuestros fracasos se deben a estas transferencias, cosa que, por otra parte, nos ayuda a superar la humillación que supone el reconocer a la transferencia como al auténtico médico. “Sin mérito ni merecimientos de mi parte” Esta frase de Lutero debe ser familiar al médico que quiera vivir en paz consigo mismo.

No es, pues, nada extraño que mi paciente pretenda encontrar en mí a su padre. Pero el hecho de que, precisamente él, que está encadenado a la imagen materna, se busque a un médico que le recuerda a su padre es algo que llama la atención y que permite concluir que, también, sin tenerlo del todo claro, depende de su padre lo mismo que de su madre. Si fuese así esto presentaría buenas perspectivas de éxito. O también podría ser que vino a mí empujado por su Ello con la idea de sufrir una y otra vez un tratamiento sin éxito, ir luego a otro y otro médico y experimentar lo mismo, demostrando así que el padre no es más que un pobre infeliz. En este caso habría que reconocer que las esperanzas son muy menguadas, y lo mejor sería explicarle a él mismo este extremo y aconsejarle que se fuese en busca de un médico que le recordase a su madre. Pero yo soy un optimista incorregible y sigo suponiendo que, a pesar de todo su miedo, en el fondo cree en mi superioridad y la ama, aun cuando, por su parte, le agrada introducir un poco de maldad en el tratamiento. Enfermos que, de esta manera, te juegan una mala pasada no son nada raros. De todas formas, los términos del problema son dudosos y solamente el resultado del tratamiento va a poner en claro cuáles fueron los móviles que trajeron al enfermo a mi consulta. Conozco un medio para descubrir la actitud momentánea de una persona respecto a mí, y como usted es una mujercita buena y amable y tiene suficiente humor como para aplicarlo, se lo voy a delatar. Pídale a la persona cuyo corazón desea usted sondear que diga una palabra injuriosa. Y si la respuesta, como es de esperar, suena “cotorra”, usted, sin enfadarse, puede atribuírsela a usted misma y admitir que, para el que responde, usted habla demasiado. Pero no olvide usted que las cotorras asadas, por lo que he oído, están muy buenas y que, por eso, la palabra tanto podría ser un piropo como una injuria.

Ahora bien, en una ocasión le pedí yo a mi paciente que dijese una palabra injuriosa, e inmediatamente, como esperaba, me soltó la palabra asno, y no pudo sino agregar buey. Con esto la cuestión quedaba resuelta: mi joven amigo me considera tonto, cornudamente tonto. Pero esto puede ser una sensación del momento que, como espero, no ha de durar mucho. Lo que me interesa de la respuesta es otra cosa: como en medio de la oscuridad, una luz mortecina alumbró por un momento las tinieblas de la enfermedad. El buey está castrado, y en esto se diferencia del toro, que no lo está. Si yo, como corresponde a un buen médico, paso por alto la burla, que con toda mala intención me degrada a la situación de eunuco, encuentro en la palabra buey una nueva explicación de los temores de mi paciente, es más, me acerca incluso a la solución general de uno de nuestros más importantes problemas, a lo que en nuestro raro vocabulario médico se llama “complejo de castración”. Y cuando llegue a dominar este complejo de castración en su totalidad y en todos sus detalles me voy a empezar a llamar el doctor Sabelotodo y me van a llover los millones, y entonces le regalaré a usted uno. La palabra buey me delata que mi paciente tuvo alguna vez el deseo y la intención de castrar a su padre, de convertirlo de toro en buey, y que él teme no sin razón por sus propias partes precisamente a causa de este impío deseo, pues para su Ello vale la frase: ojo por ojo, diente por diente, rabo por rabo. ¿Cuál puede haber sido la causa de este deseo?

Usted seguramente que tiene ya la respuesta en la cabeza, querida amiga, y yo la envidio a usted por esa decidida rapidez. “Si este hombre -dirá usted- está dominado por el deseo de convertir a su madre en su propia amante es natural que no pueda tolerar que otro -su padre- la posea; habrá de matar a su padre, como Edipo a Layo, o deberá castrarlo y hacer de él así un inofensivo esclavo de harém”. Desgraciadamente las cosas en la vida no son así de simples, y usted tendrá ahora que armarse de paciencia para escuchar una larga explicación.

Mi enfermo pertenece a esa clase de hombres que poseen doble sexo, es decir, que tanto puede mostrar sus preferencias por uno de su propio sexo como por una persona del sexo femenino. Este hombre es, para decirlo en términos de mi querido y adorado lenguaje médico, a la vez homosexual y heterosexual. Como usted sabe, esta sexualidad bipolar es común y general en los niños. Y yo puedo agregar, basado en mi saber particular, que la existencia de este fenómeno también entre personas mayores demuestra una pervivencia del Ello infantil que merece le prestemos toda la atención. En el caso de mi paciente la cosa se complica por el hecho de que puede sentirse frente a los dos sexos indistintamente como hombre o mujer y, por consiguiente, está dotado de las capacidades más variadas en el terreno. Por eso es también muy posible que él quisiese castrar a su padre sólo con el objeto de convertirlo en su amante y que, por otra parte, su temor a que el padre le cortase los genitales a él bien puede ser un deseo reprimido de convertirse en su mujer.

Pero me olvidaba de que usted no puede entender lo que quiero decir cuando afirmo que alguien, cortando los genitales masculinos, pretende hacer así de un hombre una mujer.

¿Me permite que la lleve a la alcoba de los niños? En la cómoda está sentada Grete, luciendo su desnudez y sus tres años, en espera de que venga la niñera con agua caliente para lavarla. Enfrente de ella, con ojos llenos de curiosidad, mira fijamente Hans entre las piernas abiertas de su hermanita, y mientras toca con el dedo en la hendidura colorada y abierta, le dice: “¿Te lo han cortado?” “No, estaba así”.

Si no me resultase tan desagradable citar -en mi familia era costumbre y tanto madre como hermanos no cejaban en el empeño de atormentarme a mí y a mi vanidad citando más y mejor que yo, el pobre Benjamín de la casa; no faltaron momentos de auténtico bochorno cuando se descubría que había citado mal-, si no me resultase tan absurdo, digo, podría decir ahora más de una cosa del profundo sentido del juego infantil. En su lugar voy a comunicarle seria y secamente lo que significa esta historia de cortar o no cortar. En una época determinada... -es llamativo que casi nadie se acuerda cuándo esto tiene lugar (y más llamativo aún que yo piense y escriba mis frases con tantas interrupciones)-. Esto le hará comprender a usted lo difícil que me resulta hablar sobre estas cosas, y dejo a su arbitrio que saque de ello las consecuencias que quiera respecto a mi propio complejo de castración.

Así pues, en una época determinada, el pequeño hombrecito llega a notar la diferencia existente entre los dos sexos. En el padre, en los demás hermanos y en él mismo observa un apéndice que da gusto verlo y con el cual también da gusto jugar. En la madre y en la hermanita lo que ve es un agujero desde el cual se trasluce la carne, semejante a una herida. Y de aquí saca la consecuencia sorda e imprecisa, como corresponde a su joven cerebro, de que a una parte de las personas les es quitado, arrancado, metido para adentro, triturado o cortado ese pequeño rabo con el cual nacieron, para que también haya niñas y mujeres que las necesita Dios para tener niños. Y luego, más tarde, se llega a convencer su cabecita de que el rabo es cortado, pues nota que, de vez en cuando, la madre hace un pis rojo, sangre, en el orinal y no el pis amarillo claro de costumbre. Consecuencia: aquello con lo que se hace pis tiene que ser cortado de tiempo en tiempo y el que lo corta es el papá por la noche, en la cama. Y desde este momento el niño adquiere una especie de desprecio por el sexo femenino, teme por su propia masculinidad y añora con llenar compasivamente el agujero de la mamá y de las demás niñas y mujeres con su propio rabo, ayuntarse con ellas.

Ay, querida amiga, no me hago la ilusión de haber encontrado con esto respuesta a la enigmática pregunta de lo que es el amor. La cortina no ha sido aún descorida, solamente he tratado de levantar una esquina y lo que he visto detrás es oscuro. Pero, al menos es un intento. Tampoco pretendo que el niño haya llagado a pensar -no se espante por lo erudito de la expresión- esta su teoría sexual con claridad. Pero precisamente porque él no la piensa de una manera clara, ni la piensa hasta el final, porque cinco minutos más tarde va y construye otra nueva teoría para volverla a desechar inmediatamente, en pocas palabras, precisamente porque no las deposita en su conciencia, sino que las hunde en las profundidades del inconsciente; precisamente por eso tiene un influjo tan inmensamente grande sobre él. Pues lo que conforma nuestra vida y nuestro ser no es meramente el contenido de nuestra conciencia, sino, en un grado muchísimo mayor, el de nuestro inconsciente. Entre la región de la conciencia y la del inconsciente hay como un cedazo, y arriba, en la conciencia, quedan únicamente las cosas más gordas; la arena para fregar el mortero de la vida, ésta cae en

las profundidades del Ello; arriba quedan sólo las granzas, mientras que abajo se recoge el trigo con el que se amasa el pan de la vida allí mismo, en el inconsciente.

Deseándole mucha suerte, le saluda con todo cariño,

PATRIK TROLL

*Volver a Publicaciones de Groddeck*

*Volver a Newsletter 24-ex-50*